Batiburrillo existencial

Rachel del Carmen C. Lizarán

Image not found.

Capítulo 1

I

He unificado aquí ideas, apuntes y pensamientos desperdigados; anotados todos ellos en libretas y papeles arrugados con tropecientos mil dobleces, 'perdidos' en los bolsillos de abrigos y demás prendas anodinas. Es una 'cosecha' que ha germinado espontáneamente de los sentimientos que, a lo largo de nuestras vidas, has ido sembrando en mis adentros, reconvertida en una rara mezcla que sé de buena tinta -porque me conoces bien- que no conseguirá desconcertarte ni perderás el hilo en ningún momento.

Tras gloriosos días y trabajosas noches de laboriosa identificación de los descubrimientos nuevos que, de tan contradictorios chocan estrepitosamente entre sí, la cabeza me estalla. Diríase que lo que se cuece ahí dentro, es el resultado del despertar, y, a la espera de la tan ansiada fumata blanca, lo que emite de momento es un asfixiante reguero de humo negro. Y no obstante, echaré mano de esa reserva de energía que todos guardamos para ocasiones especiales; daré rienda suelta a este maremagnum de sensaciones, ruegos y preguntas.

Me tomaré la libertad de aludir a Cyrano y, como no, doy por sentado que captarás el sentido alegórico/poético de la obra de Rostand sobre este personaje (real) a todas luces burlesco, y sin embargo atormentado por sus múltiples complejos.

En mi -asumo que cuestionable- opinión, lo que en verdad le frenaba a la hora de mostrar su auténtica identidad como Cyrano de Bergerac ante los ojos de su amada, era la inseguridad; el pánico a la decepción que ésta pudiera acusar, sumado al más que probable desencanto. Temía el hombre, sospecho que con fundadas razones, que mujer tan timorata no lograra discernir objetivamente entre la valía personal interior de las personas, y la voluble y más que cuestionable generosidad con la que suele actuar la genética a nivel físico. ¿Estaba situada la cabeza de Roxana en el plano intelectual exigido para sopesar los pros y los contras del hecho de ser poseedor de un físico poco agraciado, compensado no obstante a modo de contrapartida con una mente altamente cultivada? ¿Atinaría a calibrar y por ende a asumir en positivo su cabecita de chorlito, que tras el discurso elaborado y mágico de las palabras, se escondía una fealdad relativa?

Es indudable que, cuando Roxana afirmó que ya no le importaría que su amado Christian resultase ser feo, estaba alardeando de profunda; colocándole una falacia del tamaño de un castillo al desgraciado en amores que fue nuestro héroe. Seguramente, el cerebritito románticoide de

la moza, no estaba en su mejor momento clarividente ese día.

Sí, Bergerac sabía que hacerse visible ante su idolatrada Roxana, era una verdad que la mentalidad de ésta no estaba entrenada para aceptar sin más. En consecuencia: ¿es descabellado deducir, que Cyrano sospechase que el objeto de su deseo era estúpida, una mujer ignorante pagada de sí misma? No, no me cabe ninguna duda; Roxana era una joven superficial, una damisela estirada al más puro estilo de la época. Lo más probable, es que su inconmensurable vanidad, fuese susceptible de ser deslumbrada únicamente por una despampanante apariencia física.

Es aventurado caer en la cómoda costumbre de leer sin detenerse a cabilar en cada párrafo, al tun tun. Así mismo, interpretar erróneamente conceptos e incluso oraciones completas; o lo que es igual: urdir un entramado fabuloso que solo encuentre acomodo en cada imaginación de forma individual, implica también su parte de riesgo. Y es que, a la hora de contrastar impresiones sobre una obra concreta con otros lectores, sorprendentemente -o no tanto- resulta que no casa ninguna.

Esa frase manoseada hasta el hartazgo de leer entre líneas, no debería interpretarse como la interpolación de ideas propias en texto ajeno, sino una 'técnica' subrepticia e intangible que iría más allá de lo puramente pragmático y que, a la confiada vista del profano despistado, estaría caprichosamente limitada.

A mi entender, se trata de adivinar hasta qué punto el escritor (que juega con el lector al gato y al ratón descaradamente, y, sonrío maliciosamente entrecerrando los ojos) deja entrever un mensaje oculto, un señuelo destinado exclusivamente a poner a prueba la capacidad de discernimiento de lectores más o menos avezados. O, en última instancia; también puede darse la asombrosa coincidencia de que éstos hayan experimentado vivencias similares a las de aquél, pudiendo así sentirse por un instante en comunión con el autor.

No sería extraño que, lo que algunos interpretan con toda seguridad a la ligera como una actitud libertina, en el caso de Cyrano, se tratase de un impulso irrefrenable de extraer de la vida el máximo partido; una soterrada y retorcida venganza por lo escasamente espléndida que la naturaleza se había mostrado con él. Gozar intensamente de cuanto de excitante ofrece la vida cuando se posee una fachada vistosa y agradable, es coser y cantar; no hay mérito alguno que atribuir al interfecto. Sin embargo, para alguien como Bergerac, privado de cualquier tipo de belleza según los cánones establecidos, debió de resultarle empresa harto complicada.

Así, posiblemente le atormentó la obsesión (comprensible por otra parte) de demostrarle al mundo la irrefutabilidad de su valía individual, puesta en entredicho repetida e injustamente y recuperar así algo de la

autoestima perdida.

¿Andaba Cyrano de Bergerac a la búsqueda de la fórmula magistral que contrarrestara la desesperanza crónica que padecía?, ¿necesitaba sacudirse de los hombros la losa de la consciencia perpétua, accionar el resorte que hiciera desaparecer como por ensalmo la amarga constatación de la inutilidad de la existencia?

II

Esto viene a colación, porque, recordando una época en que la desidia se adueñó de mi voluntad y que, me volvía tarumba buscando un estímulo para retornar a mi ser; de la manera más sumisa posible le imploraba a mi 'compi' (una doble mía, que cohabita conmigo, y que de vez en cuando usurpa mi identidad) que me diera noción de la estrategia a seguir. A lo que esta, como quiera que su carácter no es muy dócil que digamos, y si la pillas en un mal día estás lista, me suelta cada reprimenda de aquí te espero. Groso modo: "Deja de enclaustrarte en ese agujero que está propiciando tu embrutecimiento mental. Ya no lees nunca, no ves un film decente hace meses, no portas por un teatro ni se sabe el tiempo. Pero, eso sí, atiendes a ese tipo de TV que únicamente programa escoria residual para imbéciles".

¡Uf! Como escuecen las verdades a pelo, y, que temerario hay que ser para decirlas face to face. La insoportable sensación de escozor doliente que se experimenta, me hace pensar (hacer cábalas sobre un hipotético suceso, que además, no hay cristo que pueda demostrar su autenticidad, no está todavía penado por la ley) en lo que debió sentir en sus carnes el hijo de María y José; las heridas aderezadas con sal y vinagre no son plato de gusto. Ya sé, sé que de ser cierta la fábula que ha ido creciendo a lo largo de milenios, no sería comparable al microscópico dolor que causa un atentado contra el ego.

No es que yo sea creyente convencida, porque veo un cura y salgo por piernas. Pero sí me gusta polemizar sobre ese entramado surrealista urdido a conciencia por los gurús manipuladores de la época. Esa patraña, deliberadamente diseñada para meter el miedo en el cuerpo al personal; que ha llegado a nuestros días tan sumamente inflada de burdas mentiras, que es perfectamente extrapolable a cualquier relato mitológico, siempre me ha dado mucho que faenar mentalmente. La explicación barrunto que debe de ser psicológica. Es decir, que cuando una se va adentrando en la mísera covacha del descreimiento pertrechada únicamente de excepticismo a modo de protección; en el último segundo extiende las manos e intenta agarrarse a algo que, en pleno paroxismo de

la desesperación, ya no se para a valorar si es asidero humano o divino.

El caso es que, en un intento de dotar de una pizca de entidad humana al héroe hetéreo, disertaba yo erre que erre ante los ojos asombrados y los oídos incrédulos de mi hijo Iván, sobre las irrepetibles hazañas de un mesías de nombre Jesús. Fue tanta la tabarra que le di al muy inocente, que llegó un día en que, no pudiendo soportar más esa especie de tercer grado al que lo sometía, consintió en darme la razón en parte: "Vaaale, mamá, que sí; que acepto que es muy posible que Jesús, hijo de una pareja de dudosa conducta convencional existiera y que, envuelto en su aureola mística, se convirtiera en un líder subversivo, una peligrosa amenaza para los jefes y, que éstos decidieran eliminarle de la verdiazul pradera terrestre por si las moscas".

-Pero, quede claro que no resucitó, ¿eh...?

-Que nooo, mamá, nadie resuciiita...!

III

Y, hablando de lo humano y lo divino...

Aquella, habría sido una tarde cualquiera de esas que pasas dándole vueltas al engranaje cerebral. Una tarde, en la que una parte de tu mente se rebela en la suposición extrema de que se te oxide, que entre en el polvoriento rincón de la desidia. Y, no obstante, no logras mover un dedo porque la otra mitad, permanece en un estado prácticamente catatónico. De no ser porque me ha dado la ventolera de profundizar en una frase que, a los ojos inquisidores de un purista lingüístico puede parecer redundante, habría sido otro día infructoso que anotar en la lista emborronada. Así, si te molestas en escarbar en el significado vamos a decir que 'poético/filosófico' con más detenimiento, resulta que la expresión: "una persona humana", no es ni mucho menos tan insustancial ni redundante como parece.

Con lo cual, no es disparatado concluir que: además de con los inocentes animales, quienes pasábamos por aquí sin intención de quedarnos mucho tiempo (los que estábamos avisados sobre *la levedad del ser* de antemano), coexistimos como mínimo con dos tipos de personas más: humanas e inhumanas. Entre éstas últimas, parece ser que destaca un grupo cada vez más numeroso que crea rabiosa tendencia; los que vocean su amor visceral a los animales, al tiempo que se les pone la vena del cuello a punto de reventar si te atreves a contradecirles.

Mira que casualidad, ahora me estoy acordando de "Tarzán de los monos", obra de Edgar Rice Burroughs en la que, como todo el mundo sabe, un chaval se pierde en la jungla; se encuentra con una familia de monos, se integra en el grupo de tal modo, que se convierte en prácticamente uno

de ellos y se niega rotundamente a volver a la civilización. ¿Que eso a qué viene?, pues que ahí tienes lo que es coherencia de la buena.

Esos exacerbados animalistas para resultar creíbles y ser consecuentes con sus ideas, lo que deben hacer es una suerte de diáspora. Quiero decir que podrían ceder tranquilamente sin despeinarse sus casoplones, chalets, torres, masías, palacetes y mansiones a los sin techo e irse a vivir en cuevas, oseras, madrigueras, cuadras, rediles, etcétera. Tal cual, todos a una y en desbandada; eso sí sería integración en el hábitat animal, ¿por qué no? Ya sé, es un disparate. Paradójicamente, a esos les importan un bledo los humanos menos favorecidos; se vuelcan obsesiva y frenéticamente con los animales, las bestias están las primeras en su lista de prioridades.

"Porque, -le digo yo a una amiga mía- vamos a ver: para alardear de consecuente, si tú eres animalista a ultranza (yo diría que tu fanatismo es tan estrambótico que roza el esperpento) que le pones abrigos de piel y collares con piedras de Swarovski a tu perro, que *le invitas a comer langostinos* de tu plato, paella y lo que se tercie; tú, no deberías de zamparte tan alegremente la carne (esos entrecots gigantescos con guarnición) de los animales por una cuestión muy sencilla que clama al infierno: la coherencia". Parece ser que, al igual que algunos grupos fanáticos tienen asumida su primacía respecto de otros seres humanos, también como no y con mayor extremismo si cabe, los animalistas la dan por cosa normal entre los animales. Según ese criterio, existen animales de primera y de segunda clase. A estos últimos, son evidentemente a los que mi amiga y los radicales como ella les hincan el diente.

Como mi amiga (que por cierto, dejando a un lado ese escollo del ultrafanatismo es encantadora, y la adoro), hay cientos, miles, millones de extremistas que dan valor prioritario al bienestar animal y sin embargo, infravaloran a los seres humanos que mueren a diario (por inanición entre otras muchas causas) con una frivolidad apabullante. A mí, que nadie intente convencerme, de que ese proceder arbitrario no es claramente inhumano.

IV

¿Feminismo de izquierdas o de derechas...?

Abramos los ojos, seamos serias, o el feminismo continuará siendo utilizado como arma arrojadiza por los partidos políticos.

Coincidiendo con el tan cacareado (rozando el hartazgo) día internacional de la mujer (llámenme subversiva), se me ocurre que al igual que sucede con el colectivo de gais y lesbianas, las mujeres seguimos siendo tan inexplicablemente ingenuas, que pensamos que con salir a la calle pintarrajeadas, medio desnudas y vociferar consignas reivindicativas, los

mandamases nos van a poner en lustrosa bandeja de oro la tan ansiada igualdad.

La realidad es otra muy distinta, la estrategia que nos llevará verdaderamente a ese estadio que en justicia es nuestro por el solo hecho de pertenecer al género humano, es la educación académica. Ascender a los puestos de poder de las más altas esferas, esa debe de ser nuestra única meta. Apoltronarnos en el sofá día tras día, viendo tropecientos mil capítulos de los insufribles culebrones televisivos, o la programación basura que sorprendentemente disfruta de tanta aceptación, va a ser que no.

En una especie de metáfora que recuerda demasiado al *Flautista de Hamelín*, el orquestamiento de esa ruidosa parafernalia callejera, está obviamente dirigido por la batuta de los partidos políticos en su propio beneficio. Los cabecillas mueven los hilos sacando pecho muy ufanos, vacilando de su filia feminista a sabiendas de que las mujeres somos mayoría. Sus intereses son claros: van a la caza de nuestros votos, para una vez conseguidos, olvidarse de las promesas hechas.

La igualdad es y seguirá siendo una utopía, mientras permanezcamos paralizadas, manteniendo de manera férrea las 'tradiciones' machistas inculcadas por nuestras madres y abuelas. A ellas, podemos y debemos otorgarles el 'beneficio' de una justificación evidente: la ignorancia. La imposibilidad de la mayoría de ellas a acceder a la formación superior en la época oscura que les tocó vivir, las exime de responsabilidad en cierto modo. Sin embargo nosotras, estamos obligadas a romper esa cadena en pedazos. Nuestra asignatura a aprobar *magna cum laude* sí o sí, es dejar de acomodarnos en el conformismo mientras seamos discriminadas en lo esencial: estamos indefensas frente a la violencia machista, y somos retribuidas con los salarios más bajos que los de ellos.

V

Vaya por delante que la política es, de tan desquiciante y repetitiva, mortalmente soporífera. Es irrisoriamente irónico, no obstante, comprobar que cuanto más en alza están los nacionalismos radicales, tanto más acomplejados se muestran muchos a la hora de alardear de bandera, patriotismo o nacionalidad.

Sin ir más lejos, muchos españoles sienten pavor de significarse públicamente, de mostrarse orgullosos de serlo, so pena de ser señalados con el dedo por el otro bando, los a tal punto furibundos separatistas, que rozan el nazismo. Esos complejos tienen una raíz tan profundamente arraigada en el subconsciente, que la única manera de superarlos es no regarlos con más miedo, o mejor todavía, pegarles fuego y dejar que se

sequen hasta que, de entre los maltrechos rastrojos, despunten brotes nuevos...

...